

Madrid, 9 de abril de 1932.
Precio: 15 céntimos.

RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA



Avalancha radical

No nos interesa nada absolutamente de lo que pueda hacer el señor Lerroux. Estas líneas solamente son para dar claridad a las maniobras radicales, que van llegando a su máximo, en una franca ebullición, pretendiendo enrolar a gran parte del país, en ellas, bajo una marca de republicana bandera. Coincidimos perfectamente con un periódico nocturno que dijo en días ya pasados una cosa semejante a lo que sigue: Desde el acto público de la plaza de toros, en que se subrayó la ausencia de programa positivo y el nacimiento de una política de obscuración en el partido acaudillado por el Sr. Lerroux, solamente han llegado a éste elementos turbios, ansiosos de revancha, empeñados en la aventura de derribar el régimen; monárquicos disfrazados, individuos afanosos de una cuestión personal, dañados en sus intereses por las disposiciones republicanas. Todos ellos, que, aunados, han logrado desvirtuar la política del partido, ya reaccionaría de por sí—añadimos nosotros—, lanzándola solapadamente a derroteros en un todo semejantes a los antiguos de la monarquía.

No comulgamos absolutamente en nada con el jefe del partido radical. Ni de cerca ni de lejos hay ningún punto armonizante entre los dos. ¿Cuál es, por tanto, nuestro afán en hacer ver todo esto? Ni buscar puntos de comunión, ni afanes derrotistas. Solamente deseo de hacer crítica serena y enjuiciar objetivamente un momento del partido radical, solemne para él, e importante para España, si el conglomerado amorfo que a sus puertas secretas ha llegado logra forzarlas. Nunca como ahora más planteado el problema de la reacción y la revolución. De cómo ve el jefe radical este problema sería cosa de hablarlo despacio. El jefe radical creemos que no lo ve bien. Le atosigan unas desdichadas prisas; se ve anciano y gastado, antes de que el programa suyo haya sido poder. Sabe la disgregación que paulatinamente irfase haciendo del mismo a su muerte; porque ese inconveniente tienen los

partidos de jefatura y caudillaje, a los que no llega un aroma popular. Y para enturbiar un poco más estas prisas, el terremoto y el aluvión y la fuerza arrastrada, que se ha prendido a él, creyendo ver en sus palabras banderín de combate. Todos aquellos que odian el régimen, y a quienes les importa tan sólo derribarle, sea como sea, aunque para construir no se cuenta con ellos. En suma, el partido radical reformado, que no es hoy partido radical, sino partido heterogéneo, con lacras de las más viejas y ningún ambiente de juventud, porque no podemos creer jóvenes a los que con este nombre y en estos años en que la vida de la Humanidad marcó senderos a las nuevas generaciones, se han enrolado a montón bajo un palio tan confuso.

Es la reacción. La reacción no democrática y limpia, de hombres con criterio conservador que procuran darle ser, de modos liberales y formas amplias, sino la reacción pestosa y sucia de mal instinto que cree inminente su presa republicana y que cuenta con una minoría numerosa en el Parlamento. ¿Quería esto el señor Lerroux? Pues si no lo quería, ahí lo tiene. Con ello se ha de entender el solo, que ese inconveniente tiene el abrir los brazos a todo caminante, sin observar primero si llega dañado de peste. Y le decimos que ahí lo tiene, y con ello se va a entender el solo, porque en España serán esfuerzos falsos y estrellados todos los de la reacción. Pesa mucho más en la balanza el platillo revolucionario. Como la reacción que integra toda esa avalancha de gente turbia se va a revolver contra el Sr. Lerroux, es cosa absolutamente meridiana. Y si no, ya se verá en su día.

No comulgamos absolutamente en nada con el jefe radical. Esta crítica es la más desapasionada y la más grave que de él hemos hecho. Y para concluir: O al Sr. Lerroux le conviene—y él sabrá por qué—esta mezcla de reacción en su partido, o los años y la tristeza de no verse gubernamental en mucho tiempo todavía le han nublado la vista...

Los sucesos de Arnedo

Acusaron unos caracteres tan graves los sucesos de Arnedo, acaecidos en enero último, que produjeron en la democracia española, al unísono que un vivo sentimiento, una honda indignación, dadas las circunstancias que habían concurrido para que aquella tragedia fuese un hecho. Poco antes de que se desarrollasen los sucesos se habían producido otros en Castilblanco. En éstos fueron unos agentes de la guardia civil los que rindieron sus vidas.

A los supuestos responsables del suceso se los ha sumariado, y ya un Consejo de guerra se ha encargado de condenarlos. Todos ellos son trabajadores, camaradas nuestros. A los responsables de lo de Arnedo aún no se les ha condenado. Son éstos agentes de la guardia civil. Se nombró, sí, un delegado especial del Gobierno que investigara la verdad de lo ocurrido; pero hasta la fecha, que separamos, no se ha procedido contra nadie.

No creemos que sea intención del Gobierno hundir el caso en el olvido; pero todos los indicios parecen indicarlo así. Perdónenoslo lo duro de la expresión: las víctimas de Castilblanco eran guardias civiles; las de Arnedo, obreros. Y si se procedió tan rápidamente a castigar a los responsables de lo de Castilblanco, ¿qué razones aconsejan que no se haga lo mismo con los de Arnedo? Creemos que ninguna. ¿A qué, pues, ese silencio sobre aquella tragedia? ¿Es que no posee el Gobierno suficiente conocimiento de causa acerca de la realidad de lo ocurrido?

El caso de Arnedo requiere justicia. Requiere justicia y que esa justicia se haga inmediatamente, sin de-

seo de venganza, pero sí de estricta razón, dando a cada cual su merecido. Piénsese que han sido bastantes las víctimas que allí sucumbieron de la manera más brutal. Entre esas víctimas, algún niño y alguna mujer. Desde hace muchos años no existe precedente semejante en la historia de nuestro país.

Advertimos lealmente al Gobierno—que cuenta, hoy por hoy, con la adhesión de los jóvenes socialistas españoles—que la demora en zanjar definitivamente este problema está creando en torno de él una desconfianza y un escepticismo muy grandes en relación con la eficacia de sus resoluciones.

Trátese, pues, en donde proceda, el asunto. Y señálense—porque existen—a los responsables de a que el bárbaro crimen. Con ello se dará cumplida satisfacción al pueblo republicano y socialista español, y el Gobierno demostrará que está poseído de las mejores intenciones en lo que a hacer justicia se refiere.

Puede observarse, al filo de las doce de la mañana, que unos ciudadanos modestamente obscurcidos entre el aluvión que a esas horas pasean por la Puerta del Sol vociferan «La Correspondencia Militar». Son pocos ejemplares los puestos a la venta, pero gracia la poseen por arrobos.

El otro día hablaban del «horror» de Azaña. Así, con hache y todo, para que rabien las izquierdas.



Nosotros juramos
luchar por la paz
del mundo

La muerte de Turati

No sabemos a ciencia cierta qué impresión habrá causado a Mussolini, el dictador italiano, el fallecimiento del venerable socialista italiano, desterrado en París, Felipe Turati. No lo sabemos; pero lo presumimos. Suponemos que, como se dice vulgarmente, no habrá producido al «duce» ni frío ni calor. O, si no, tanta satisfacción como a nosotros dolor. ¿Nos hemos parado a examinar lo que para el «duce» significa el fallecimiento de Turati? Si nos paramos un poco a examinarlo, ¿no deduciremos que el «duce», con la muerte de Turati, tiene motivo para sentirse por un lado satisfecho y por otra parte triste, dolorido? Para él, la desaparición de Turati, su gran, su irreconciliable enemigo, implicaba la desaparición de un enemigo temible, propugnador incansable del derrocamiento de la dictadura que tan descaradamente sostiene un Mussolini de acuerdo con un rey de Italia que se llama Víctor Manuel. Y he aquí por dónde la alegría de Mussolini.

Y ¿de dónde parte la tristeza de Mussolini ante esta muerte? ¿Por qué Mussolini, pareja con la alegría, siente una gran tristeza? Mussolini no es torpe, al menos yo no lo considero así. Tendrá de todo hasta la saciedad; pero de torpe, nada. Y esa inexistencia de torpeza en él le hace pensar en las consecuencias que él puede acarrearle por la muerte de Felipe Turati.

Fué el asesinato de aquel también buen socialista, Matteotti, quien levantó en el país italiano un vivo senti-

miento, que se tradujo en algunas ocasiones en un deseo ferviente de sublevarse con las armas en la mano contra aquel poder, hoy aún existente, que encuentra en Benito Mussolini su más firme sostén, su más firme sostenedor. Y cada crimen que comete este tirano va despertando cada día más este sentimiento. ¿Y qué fué más que un crimen la muerte de Turati?

Turati ha muerto, como aquél y como otros, asesinado por la dictadura.

Y ¿qué duda cabe de que este fallecimiento, esto es, este asesinato, ha ahondado más aún el sentimiento rebelde del pueblo, de la democracia italiana?

De ahí la tristeza del «duce». Porque sabe que este sentimiento del pueblo cada día adquiere una mayor pujanza, una mayor preponderancia, un mayor dinamismo, en fin, y no ignora el «duce» que ese sentimiento tan fervientemente sentido, repetimos, cristalizará, a no tardar, haciendo real lo que hoy con cariz de platonismo se está forjando: el levantamiento de todo un pueblo al grito de «Justicia!»

He aquí por qué Mussolini siente alegría y tristeza, al tiempo, por el fallecimiento de nuestro venerable camarada. Alegría y tristeza. He ahí dos términos evidentemente opuestos. Términos irreconciliables por la concepción dispar que cada uno agrupa; pero que llegan momentos como éste en que esos dos términos, de concepción tan dispar, encuentran abrigo al unísono en una misma alma. En este caso esa alma es la de un hombre que la Providencia ha dado en llamar con el nombre de Benito Mussolini.

Sócrates GOMEZ

Señorito comunista

Por S. SERRANO PONCELA

Porque lo conozco bien, puedo hablar de ello. Nada mejor que la convivencia en un medio para conocerle y captarle en su pulpa verdadera y en lo más obscuro de su entraña. Vamos a referirnos al señorito comunista que ahora medra por Universidades y cafés y paseos céntricos, siendo señorito en verdad y comunista por adorno, y abundando más de lo que es menester, porque hoy es la fiebre de un comunismo teorizante, nacido esporádicamente, de lecturas y programas de la Rusia de los Soviets, que agradan por venir de lejos, sin lo sucio de las cosas reales, y con el halo que presta lo nuevo cuando se ve sin minucias, a líneas grandes.

Tiene desdoblamiento el señorito comunista en el falso intelectual, del que ya hemos hablado en otras ocasiones; y, como él, también se cultiva por los sillones de paja pintada de los Ateneos. ¡Abundancia grande de ellos hay en España! Acaso no sea difícil sentirse comunista de esta clase. Obsérvese una cosa: todos, o casi todos ellos, tienen familias burguesas, rotundamente burguesas; y esto no sería inconveniente total, aunque sí grande, mientras ellos no se rodeasen de las minucias y comodidades y tontunas propiamente burguesas. Los he contemplado curiosamente, con sus trajes de elegancia inglesa, y sus camisas sport de cuello caído, haciendo malabarismos intelectuales con la última tesis defendida por Stalin y el futuro campeonato de basket-ball y la desvergüenza socialista; que para criticarnos y zaherirnos, y colmar la medida de insultos, sí que valen bien estos señoritos comunistas, mocuoselos de burgueses y enfermos de literatura rusa. Enfermos de literatura, que es grave enfermedad. Y voy a resaltarlos. De literatura rusa, sí. Acaso todos hayamos sentido alguna vez lo pernicioso de este morbo que nos llegó hondamente en la extrema juventud. El alma eslava ha dependizado el alma de muchos jóvenes, que se creían de un sentir semejante a lo leído, porque no es fácil tener un sentir personal en la ternura de la formación. No es que temamos la literatura eslava. Es buena, es sana; pero es fuerte. Alimento de peso que muchas veces en dosis hay que tomar para que no produzca una indigestión pesada y difícil de resolverse. Y aún más el moderno aluvión que llena los escaparates de las librerías. Novelistas de la Rusia nueva, que no se dejan asimilar como los maestros Andreieff, y Gorki, y Kuprin, vamos al decir, porque no se han elevado a una doctrina de puras humanidades, al alcance de todos, sino que son ciegos topos por un afán proselitista de presentar su comunismo «a priori», cuando aun ni ellos están muy preparados para comprenderlo.

También se unen a esto dos cosas más: el hacer vida nueva y el mito comunista que hay en España. Hacer vida nueva, que proviene de un error que hoy se padece al creer que la novedad del mundo está sin buscar, cuando ya la novedad que vamos a establecer tiene el oro de lo antiguo. Mito comunista, formado a través de mitos reaccionarios por los eternos descontentos de todo; los que creen que todo lo hacen bien; falsos fabricantes de proyectos, y arribistas destapados que, siguiendo fieles a la personalidad del español, gruñona y áspera, y cerdosa como un cepillo de raíz, han criticado nuestra labor, la nuestra, la de los socialistas, con otra labor que dicen virgen todavía, y que es la comunista, aunque no hay labor ni nada, porque ni siquiera existe con qué hacerla.

Una prueba más de lo dicho es cierto, de que el señorito comunista no tiene idea innata y de que no sabe cuál es el mal ni la necesidad de nuestro país, y de que sus sentires han tomado una transfusión de sangre eslava, es el ansia de transformar España conforme a las normas que recibe de Rusia. No ha hecho falta discutir apenas para lograr la demost-

ción de que Rusia no es España, y de que las psicologías de un país y otro país son completamente dispares. Le falta la originalidad que presta el valer personal. El ver cuál es el remedio de España y lo que a España va bien, adaptado al modo de ser y al de expresarse de la opinión, que es lo único que una doctrina ha de tener en cuenta para dar el paso de la teoría a la práctica.

El de buena fe es completamente teórico. Se da entre los libros y en las aulas de las Universidades, tan empobrecidas, con honrosas excepciones, en España. Y por no recibir de cara el reflujo de la vida, que es lo que hace la realidad, y no contemplar de cara el peso de los hechos, con una ilusión tonta pretende implantar su comunismo propio, para conservarse en un fanal, que frente a la luz cruda caería como castillo de naipes.

Cuando es de mala fe—y éste es el mayor núcleo—, procede de campo burgués. Hijo mimado de la familia, a quien viste bien colocarse la estrella roja en la solapa del traje y asustar a las niñas del buen mundo con frases de truculencia. Las dos clases de señoritos comunistas se empujean para, en cuentas finales, ser lo mismo. Para no ser nada y enganarse y querer engañar, dando consistencia a un error que, porque lo conozco bien, puedo hablar de él.

Este es el problema, y de aquí ha formado el señorito comunista, que no es ni más ni menos que una acertada calificación en este caso. Que tiene todo de lo primero, y nada de lo segundo, como puede verse, al correr de los días, cuando el señorito es ya señor, y logró un don, concedido por la sociedad, que deja de pensar tontunas para dedicarse en activo a su madera, a su savia personal de burgués.

Contra él nos enfrentamos las Juventudes Socialistas hoy. Pero está descubierto, y cuando el juego enemigo se descubre, nadie se deja engañar, como no nos dejamos engañar nosotros por ellos. Juego descubierto que nos va a servir para mucho y que constantemente hemos de aprovechar. Señoritos comunistas, comunistoides, que Jiménez Asúa los clasificó en unas conferencias. Intelectualoides comunistas o intelectualcomunistoides, que se les puede llamar, porque varias raíces encontramos para la terminología de la palabra. Las Juventudes Socialistas hemos de procurar borrarlos y darlos a lo desecho antes de que las conveniencias reaccionarias formen de ello un mito, que ya es más difícil de extirpar. Aventando como se aventan las cenizas, el polvo; como aventan un céfiro al engaño sucio de la nube...

¿Quién provoca?

Un sujeto que se dice obrero sindicalista asesinó hace días al camarada Jáimez.

Este acto fué defendido el domingo 27 de marzo por el «trabajador» Díaz Antona en el acto que la Confederación Nacional del Trabajo celebró en el teatro Fuencarral, diciendo que ellos no son amigos de usar la pistola y el puñal, sino que usan el libro y la pluma para convencer a los trabajadores conscientes; pero que les obligaban a ello los «chupones» de la clase obrera, que interrumpían la marcha de la liberación obrera y campesina entregándose a la burguesía.

El lunes, con ánimo de demostrarlo, fueron a «oír» al compañero Bugeda, y para dar muestras de educación se llevaron un cuchillo de cocina. Resultado: un herido, el camarada Rodrigo Muñoz, de la Juventud Socialista de Vallecas, con una cuchillada en el pecho, y a la salida los guardias de asalto disolviendo a los asesinos.

Pablo CERVERA

FANTOCHES DE GUIÑOL

Seriedad del desafío

Hay muchos ingenuos que han llegado a creer que los desafíos desaparecieron con los sombreros de copa. Nosotros, a estas personas de tan buena fe vamos a decirles que los Sres. Bratiano y Filipesco, jefes de los partidos liberal y conservador de Rumania, conscientes de lo necesario que es conservar celosamente un poquito de tradición en estos descreídos tiempos en que las mujeres juman cigarrillos turcos y no llevan nauseabundas bragas de punto inglés, se han batido a pistola, en la capital del Estado, hace unos cuantos días.

Permítanos el Sr. Bratiano que nos le figuremos con perilla. Esto no hace daño a nadie y presta al asunto mucho sabor local. Asimismo, el Sr. Filipesco, correctamente embutido en un frac negro, y un monóculo cristalino en el ojo zurdo, estará en condiciones de competir con su adversario. Los dos habrán hecho el viaje en coche de caballos hasta una finca, posesión de cualquier prócer de esos que no tienen más fin en el mundo que agenciar a precios módicos explanadas para a desafíos. Con ellos, seis señores que guardarían vaga semejanza con los escarabajos, muy serios, correctamente afeitados y con cuellos endurecidos de almidón, acompañando a otro, ennegrecido también, que portaría una maleta llena de útiles de Medicina, con el aspecto pavoroso y frío de las armas de asesinar. Los seis señores se denominan padrinos. Todo buen Estado consciente de su deber mantiene un número prudencial de estos caballeros, para casos semejantes y para acompañar a los políticos de importancia cuando mueren, con el fin de dar mayor preponderancia al duelo.

El Sr. Bratiano y el Sr. Filipesco se apean al unísono en el lugar designado, y, mientras los señores padrinos examinaban las armas, se dirían cosas y gentilezas agradables, cambiando cigarrillos, con la tranquilidad de dos señores que llevan como fin primordial el pasear por el parque en la mañana de primavera, en vez de perforarse salvajemente el hígado. Esto es correcto y delicado, dicen. Nosotros no lo hemos llegado a comprender bien todavía.

via. Quizá en un caso semejante, perdiendo la serenidad, nos lanzáramos sobre el adversario sin esperar el arreglo de las pistolas, gritando cosas incongruentes, sucias y miserables. Los Sres. Bratiano y Filipesco, haciendo honor a su monóculo y su perilla, queremos creer que no habrán hecho nada de esto.

Pero nunca habrá faltado el padrino de mentirijillas; él que ha venido por equivocación y, al contemplar el pavonado de las pistolas, siente miedo.

—Señores—habrá dicho—: Parece mentira que se vayan a matar ustedes tontamente. Hace un sol espléndido, y los pajaritos se asperjan en las ramas. Las cañas de cerveza las expenden desde esta semana más baratas. Me parece, con ventajitas semejantes, una perfecta tontaría el morir. ¿Por qué no se reparan unos mogollones en las narices respectivas y aprovechamos el estar aquí para tumbarnos agradablemente en la hierba? Hace mucho tiempo que no vengo al campo. Nos servirían unas tortillas de la taberna más inmediata, y comiendo podríamos contarnos cuentos verdes. ¿No les seduce? Creo que es una cosa que deben pensar bien.

El hombre ingenuo sería expulsado violentamente del campo, y los señores Bratiano y Filipesco, colocándose frente a frente, alzarían las pistolas...

Y uno de los padrinos diría con voz conmovida:

—¡Y!

—¡Plaf! Dos disparos. El paso franco a la tragedia.

Podemos asegurar que los señores tantas veces citados no se han hecho nada. En vista de ello se vuelven contentos a la capital, seguidos de los padrinos, entre los cuales uno de ellos haría fatalmente, irremisiblemente, este comentario:

—Mañana empeño nuevamente el frac. Ya no tenemos duelo en dos meses. Me lo ha dicho un amigo que está en el negociado de Estadística del Ayuntamiento. A propósito: ¿y si nos tomáramos una tortillita en la taberna más próxima, ya que, como habrán podido observar ustedes, los Sres. Bratiano y Filipesco han lavado sus ofensas y han cumplido, cual corresponde a dos perfectos caballeros, con su deber?...

DIÓGENES

El Día de la Patria

Euzkadi es la patria de los vascos. Pero no se hubieran celebrado las fiestas conmemorativas de las bodas de oro del nacionalismo sin la previa autorización del Gobierno español—según Pildain, africano—. Era una mañana del año 1882... Fecha «gloriosa» aquella en que Arana y Goiri, cual un segundo Colón, descubrió una nueva «patria».

La pasada dictadura, por la que tanto suspiran, mantuvo mudas estas exclamaciones de entusiasmo que hoy son lanzadas dentro de un régimen republicano, que aborrecen por lo que encierra de democrático. Y exactamente cincuenta años después de la creación del nacionalismo de este país se celebran sus bodas de oro; corren a milés las proclamas que anuncian que se acerca el Día de la Patria.

Vizcaya da un gran paso de retroceso en el camino de la civilización. Los montes de la provincia, en visperas del «gran» día, han visto adornadas sus crestas con grandes hogueras alrededor de las cuales se agrupan a centenares unos hombres cavernarios. Las pieles de animales, que previamente habían de ser cazados y que componían toda la vestimenta de aquellos hombres primitivos, han sido transformadas por unos ropajes más modernizados, menos de aquella época. Las bicrucíferas banderas que se agrupan con ellos en su continua danza, que tiene bastante de salvaje, son del color de sus vestidos: rojo, blanco y verde.

A las salvajes danzas suceden los no menos salvajes bailes del país. Se cantó a la patria, a los árboles, a los grillos, y ya de madrugada, cuando los reflejos de las hogueras se fueron extinguiendo, aquellos hombres, mezcla de rojo, blanco y verde, fueron lentamente acercándose a la capital de «su patria»: Bilbao.

Muchos de los balcones que aún no hace muchos meses se vieron «adornados» por aquella funesta bandera roja y gualda habían cambiado de color—posiblemente por la acción del tiempo—, poniéndose a tono con el día.

Lanchas de pescadores, cuyo grito corría de cuenta del patrón armador, lanzaban sus sonidos de sirena al aire, que resultaban a nuestros oídos como un continuo gemido ronco, ma-

nifestando toda la tragedia de la miserable vida del pescador que ve explotados sus esfuerzos por aquel «amo» que hoy, reconociendo que será un aumento de sus privilegios la celebración de los actos de ese día, dedica a él unas pesetas que anteriormente extrajo del sudor de estos arriesgados parias del mar...

Y el Día de la Patria constituyó un éxito por el considerable número de los manifestados. Pero un éxito para la clase adinerada, que tiene, o cree tener, un porvenir asegurado en su capital. Si Sabino de Arana y Goiri viviera tendría ocasión de admirar el producto emanado de la semilla lanzada por él hace ya muchos años.

Vizcaya libre. La burguesía vizcaína libre. Libre del temor por la reivindicación de la clase explotada. Libre de la pesadilla de quienes sin tener en cuenta la región donde han nacido ven la vida a través de un cristal más claro, sin mezclas de colores engorrosos que enturbien su imaginación. De los que vemos las cosas al través de un color uniforme, del de nuestra bandera: rojo.

Vosotros, trabajadores nacionalistas, que suspiráis por la libertad de Euzkadi, veréis que matemáticamente, a medida que aumentase la libertad de vuestra «patria», disminuirían en la misma proporción vuestros derechos de explotados.

La cadena capitalista que nos aprisiona debe ser destruida aunque esté disfrazada con los colores de una bandera que no puede pertenecer a ningún trabajador: la bandera roja, blanca y verde.

J. LOT NUÑEZ

Juventud alemana de hoy

La Alemania de estos últimos años se halla atacada de una miseria enorme, como consecuencia del paro inmenso, que cada día va en aumento.

El problema más grande de este país es: ¿Qué será de la juventud?

—Hace cinco años esta cuestión no era aún un problema. Mecánicamente, la juventud podía entrar en el proceso económico. Los adolescentes, al terminar los estudios en la escuela, hallaban trabajo como aprendices en

las fábricas. La juventud estudiantil abandonaba la Universidad para ganarse la vida como ingenieros, médicos, abogados, profesores de escuela, etc., en la profesión adecuada a sus estudios.

Esto, hace cinco años solamente... Desde entonces el paro ha crecido más de día en día. El Estado subvenciona actualmente a cinco millones de parados, o tal vez más.

La industria carece de trabajo. Los pequeños industriales no pueden dar ocupaciones, y en lugar de dos o tres aprendices les es suficiente con uno. Las universidades despiden a los jóvenes, y estos no encuentran en ninguna parte una plaza de asalariado. Están deseosos de obtener un empleo, aun cuando éste no esté retribuido; no pudiendo tampoco utilizar los conocimientos de sus estudios.

Por esta invasión de voluntarios son perjudicados gravemente los empleados de comercio, redacciones, fábricas, casas editoras, hospitales, etc., que son despedidos al ofrecerse por salarios más inferiores aquellos jóvenes en chômage.

Los voluntarios no retribuidos les sustituyen; pero solamente durante un año. Después de este tiempo, la ley alemana prescribe un salario mínimo, y el patrono prefiere despedir al «viejo» voluntario, sustituyéndole por uno nuevo. Y, por consiguiente, el primero es arrojado a la calle...

La juventud alemana está descorazonada hasta el último extremo.

La subvención al paro no les puede ayudar mucho. Si el adolescente no encuentra ni aprendizaje, ni trabajo, ni plaza voluntaria, después de buscar cerca de un mes, recibe una indemnización del Estado que oscila entre siete y nueve marcos por semana. Mientras que vive con sus padres, este dinero ayuda al sostenimiento de la casa. Pero reina tal malestar en las familias, que impulsa a los jóvenes a abandonar sus casas paternas. O es por el paro de los padres, que dura quizá mucho tiempo, o es por los reproches de éstos, tratándolos de «vagos» o «sin voluntad» si no ganan para el sustento de la casa. Los jóvenes dejan, pues, la familia para ensayar la vida independiente. Pero por un dormitorio se paga entre cuatro y seis marcos por semana, y les quedan tres o cuatro marcos para el alimento y otras necesidades. Dos veces por semana, tan sólo, pueden tomar una sopa calien-

te, y otras veces les ha de bastar con pan seco, y, si acaso, una pequeña loncha de salchichón.

Esta juventud alemana se deja llevar por un solo sentimiento: el de no ser útil en el mundo.

Para poder distraerse, para tener una ocupación, ingresan en las Asociaciones deportivas. Pero pronto se acaba el dinero para las cotizaciones, y los trajes de deporte se les estropean. No se atreven a andar por la calle con los vestidos destruidos. Las muchachas, en gran parte, caen—por necesidad, claro está—en el vicio de la prostitución, y de este modo poder vestirse.

Los muchachos sacrifican todas sus fuerzas por la política. Con Hitler o con los comunistas la vida será, tal vez, mejor.

Estos jóvenes practican los deportes, hacen ejercicios y forman batallones de luchadores. El dinero del partido los sostiene. Como es lógico, los fondos del partido no son inagotables, por lo que quedan millones de jóvenes sin la ilusión del deporte, de la política y de la Humanidad. Se aproximan lentamente hacia una vida viciosa, criminal, y es cuando les da por robar cosas sin importancia, al principio, acosados por el hambre, y ya en este camino continúan cometiendo delitos que cada vez son mayores.

Se reúnen en «bandas». Luchan contra sus adversarios, les gustan los actos de violencia, los tiros. La muerte no les asusta lo más mínimo, y haciendo víctimas se glorifican como verdaderos héroes.

¿Cuál es la solución para esta juventud? Hitler la encuentra en el trabajo forzoso, sin salario o por un salario insuficiente.

Seguramente, la única solución para esta juventud abatida sería la de entrar, tan pronto como fuera posible, en el proceso del trabajo. Pero no puede entrar por la fuerza en su seno. Hitler podría facilitar este medio tan sólo por algunos meses.

Sin embargo, existe un medio para ayudar: la economía reglamentaria (Planwirtschaft) y la socialización de los bienes.

Toda la juventud socialista y comunista de Alemania, que en este punto coinciden, lucha para obtenerlo, y en un plazo breve este medio se verá realizado, y la juventud alemana será salvada.

Ilse IWO

Programas del Socialismo alemán

Programa de Gotha

(Mayo 1875)

I. El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura, y como, en general, el trabajo útil no es posible más que por la sociedad, su producto integro pertenece a la sociedad, es decir, a todos sus miembros, los que deben participar en el trabajo y, en virtud de igual derecho, cada uno recibirá sus necesidades razonables.

En la sociedad actual, los medios de trabajo son el monopolio de la clase capitalista; el estado de dependencia que resulta por la clase obrera es la causa de la miseria y de la esclavitud bajo todas sus formas. La emancipación del trabajo exige la transformación de los instrumentos de trabajo en patrimonio común de la sociedad y la reglamentación, por la comunidad, del trabajo colectivo, con afectación de una parte del producto a las necesidades generales y reparto equitativo del resto.

La emancipación del trabajo debe ser obra de la clase obrera, frente a la cual las otras clases no forman más que una masa reaccionaria.

II. Partiendo de estos principios, el Partido Obrero Socialista de Alemania se esfuerza, por todos los medios legales, en fundar el Estado libre y la sociedad socialista, en romper la ley de bronce de los salarios por la destrucción del sistema del trabajo asalariado, en abolir la explotación bajo todas sus formas y en eliminar toda desigualdad social y política.

El Partido Obrero Socialista de Alemania procurará conseguir desde un principio en el cuadro nacional, consciente del carácter internacional del movimiento obrero, está resuelto a cumplir todos los deberes que se imponen por este hecho los trabajadores, con el fin de realizar la fraternidad de todos los hombres.

El Partido Obrero Socialista de Alemania reclama, para preparar el camino de la solución de la cuestión social, el establecimiento de Sociedades obreras de producción, con la ayuda del Estado, bajo el control democrático del pueblo trabajador. Las Sociedades de producción deben suscitarse en la industria y en la agricultura con tal amplitud, que resuelva totalmente la organización socialista del trabajo.

El Partido Obrero Socialista de

Alemania reclama como bases del Estado:

1.º Sufragio universal igual, directo, secreto y obligatorio para todos los ciudadanos desde la edad de veinte años, y para todas las elecciones generales y comunales. Las elecciones serán en domingo o día festivo.

2.º Legislación directa por el pueblo. La guerra y la paz, votadas por el pueblo.

3.º Armamento nacional. Sustitución por la milicia popular a la armada permanente.

4.º Supresión de las leyes de excepción, especialmente de las leyes sobre prensa, reuniones y coaliciones, y, en general, de todas las leyes que restrinjan la libre manifestación de la opinión, la libertad de pensar y estudiar.

5.º Justicia por el pueblo. Gratuidad de la justicia.

6.º Educación general e igual del pueblo por el Estado. Obligación escolar. Instrucción gratuita en todos los establecimientos escolares. Declarar la religión cuestión privada.

El Partido Obrero Socialista de Alemania reclama, bajo el régimen social actual:

1.º La mayor extensión posible de los derechos y de las libertades políticas, en el sentido de las reivindicaciones precitadas.

2.º Un impuesto único y progresivo sobre la renta, por el Estado y los Ayuntamientos, con la eliminación de todos los impuestos indirectos, especialmente de los que pesan sobre el pueblo.

3.º Derecho ilimitado de coalición.

4.º Jornada normal de trabajo en relación con las necesidades sociales. Descanso semanal.

5.º Prohibición del trabajo infantil, así como del trabajo femenino que perjudique la salud y la moralidad.

6.º Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores. Control sanitario de los alojamientos obreros. Inspección del trabajo en las fábricas, talleres y trabajo a domicilio, por funcionarios elegidos por los obreros. Leyes que penen las infracciones.

7.º Reglamentación del trabajo penitenciario.

8.º Plena autonomía en la administración de todas las Cajas obreras de asistencia y socorros mutuos.

Organización científica del trabajo

Por A. GARCÍA ATADELL

En el pasado Congreso de las Juventudes Socialistas de España fueron abordados temas verdaderamente interesantes, que requieren ahora un plan de estudios, y que precisan que los jóvenes socialistas vayan asimilándolos para así obrar con pleno conocimiento de causa.

De nada sirve que un Congreso marque normas, dé orientaciones, señale principios y bases, si luego los afiliados, por desconocimiento o por inactividad, no llevan a la práctica aquellas orientaciones señaladas de antemano por el Congreso.

Y con esto debemos tener sumo cuidado, ya que el trabajo del Congreso requiere una posterior información concreta y clara para así enterar a los jóvenes de todas aquellas premisas que conviene poner en práctica.

Sabemos muy bien que un trabajo ímprobo pesa sobre los miembros de la Comisión ejecutiva, trabajo que, sin duda, les imposibilita de señalar en las columnas de RENOVACION todo aquello que se precisa para el buen desenvolvimiento práctico de las resoluciones teóricas aprobadas por el Congreso juvenil.

Quizá por ello nos dispongamos nosotros a remachar el clavo, llevando la voz de vanguardia en esta campaña que pudiéramos calificar de prólogo al gran libro que tiene que escribir, de páginas rojas, cuanto más rojas mejor, la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España.

Y empecemos, que el prólogo se va haciendo demasiado pesado: Ha declarado el Congreso, con gran atrevimiento y de acuerdo en todo con los principios básicos del Partido, que la crisis obrera, el paro forzoso, la lucha de clases es consecuencia característica de los regímenes capitalistas, ya que dentro de sus entrañas llevan el germen de los antagonismos y de las contradicciones.

Un problema básico, que culmina en dolores inmensos, es el de la organización científica del trabajo. La organización científica del trabajo ofrece al estudio del sociólogo aspectos verdaderamente interesantes. Interesantes, porque es aquí donde mejor se ve el aspecto trágico del régimen capitalista y su desquiciamiento inminente.

Tales contradicciones tiene el régimen capitalista, que en lo que concierne al desarrollo industrial más que contradicciones parecen y se asemejan a esos problemas de astronomía que señalan rutas ciertas entre los astros, y que, sin embargo, nos quedamos con las ganas de hacerles una visita.

No recordamos quién, en un Congreso de matriz proletario dijo que la racionalización significaba un bien para la clase trabajadora, ya que con ella se multiplicaría la actividad industrial, creándose ramificaciones que vendrían a solucionar la crisis de trabajo, o, cuando menos, paliarla. Y no estamos de acuerdo.

No podemos estar de acuerdo, porque, conformes con Carlos Marx (y hay que hablar mucho de marxismo), decimos que a mayor progreso capitalista, mayores privaciones en el proletariado.

Es evidente que la organización científica del trabajo se debe a un fenómeno industrial ya previsto por Marx, como consecuencia de la competencia internacional. La racionalización industrial, la organización científica del trabajo, con sus «trusts» de producción, los «cárteles», etc., plantea un problema a la organización sindical y muy particularmente a la juventud obrera.

Y es éste: Reconociendo que la maquinaria moderna va eliminando

brazos, dejando sin colocación a millares y millares de obreros, ¿podemos y debemos luchar frente a esa maquinaria, frente a la centralización, frente, en fin, a la organización científica del trabajo?

¡No! Así, categóricamente: ¡No! Los obreros y sus organizaciones jamás deben oponerse al avance del progreso, aunque éste lleve en su ruta jirones de carne proletaria.

No podemos luchar contra la racionalización en sí, contra la maquinaria moderna, porque, si tal hiciésemos, nos incapacitaríamos para llegar a establecer el Socialismo integral. Podemos, eso sí, buscar paliativos, exigir reivindicaciones y parte de los beneficios del sistema científico de producir; pero jamás, jamás, oponernos al avance de su sistema capitalista.

Decía Marx que cuando un país llega a su máximo desarrollo es el momento de implantar el Socialismo, y habrá quien ponga en tela de juicio esta afirmación, basándose quizá en el hecho ruso, país tan retrasado o más que el nuestro.

Rusia atravesó por momentos socialistas como si no habían sido previstos, ni podían serlo, por Carlos Marx ni por nadie.

Si allí se hizo la revolución socialista sin haber llegado el país ruso a su máximo desarrollo, ello se debió al fenómeno guerrero, de desconcierto y a la vivacidad de asimilación de un pueblo hambriento y tiranizado al que le prometían el oro y el moro.

Pero ¿está establecido el Socialismo en Rusia? ¿Puede decirse que en aquel país existe la sociedad socialista?

No puede en Rusia establecerse el Socialismo integral por la sencillísima razón de que en un solo país no hay posibilidad de lograr implantar en su totalidad un régimen de plena justicia social, y mucho menos en Rusia, en donde han tenido que industrializar el país para poder seguir el amplio cauce de la liberación de aquel pueblo. Es decir, han tenido, y tendrán, que seguir la etapa, que Marx señaló, de industrializar el pueblo ruso para que, llegado a su máximo desarrollo de actividad industrial, puedan ponerse en práctica postulados de equidad y de justicia.

Y esto es evidente. La racionalización crea dolores enormes en las capas proletarias; pero también va preparando la caída de un régimen basado en los privilegios.

En un régimen socialista, cuanto más se centralice la producción, mejores beneficios y ventajas tendremos, porque entonces no se produce para una casta, para los ricos, sino que se produce y se labora para una colectividad, para la sociedad socialista. Todos sus ciudadanos con idénticos deberes y derechos. Uno para todos y todos para uno.

Ahora, ya sabemos que la racionalización sirve para exprimir aún más el jugo vital del asalariado, para producir y superproducir inmensas ganancias que van a parar a un «trust» determinado.

Esa es, precisamente, la contradicción del régimen capitalista.

La maquinaria produce más, crea mayor riqueza, y, sin embargo, los obreros viven peor.

Las arcas de caudales se nutren avaramente, y, no obstante, cada día los bolsillos proletarios se resignan a no llevar nada, gracias a la racionalización, fenómeno capitalista de la post-tumba.

Porque, inevitablemente, entre los factores que darán muerte a un sistema nefasto figurará en primer lugar la organización científica del trabajo.

Nuestra propaganda

Cumpliendo un acuerdo del pasado Congreso nacional de nuestra Federación, ha comenzado una intensa campaña de propaganda por todo el país.

La primera región que ha sido visitada ha sido Levante. Durante quince días los camaradas Felipe García, Ovidio Salcedo y Santiago Carrillo han recorrido todas las poblaciones donde había Juventud Socialista, y otras que se hallaban de paso. Y aprovechando los días libres de las tareas parlamentarias, esta labor la han completado los compañeros Vidarte, Cabrera y Rojo, que han acordado a actos verificados en las capitales de provincia.

El éxito no se ha hecho esperar. Las cartas recibidas así lo demuestran. Más de setenta y

cinco pueblos recorridos, donde se ha oído la voz juvenil socialista. Voz de educación y de optimismo. Voz que ha querido ser ahogada en algunos sitios por los revolucionarios de saldo que van saliendo en España, pero que en todas partes han llevado su merecido. Si no tuviéramos la prueba fehaciente y personal, nos bastaría ver el interés que en desvirtuarlo tiene la prensa de la derecha, que quisiera no fuéramos escuchados.

Los jóvenes socialistas nos hemos lanzado a ponernos en contacto con la opinión para defender y propagar nuestras ideas y la táctica del Partido y de la Unión General de Trabajadores. Estos organismos confiamos habrán de ayudarnos. Así lo requiere el esfuerzo que se lleva a efecto por nuestra Federación nacional.

Campaña contra los socialistas

Por Mariano ROJO

Para nadie es un secreto la violenta campaña que se ha emprendido por todo el país contra los socialistas. Y decimos contra los socialistas y no contra el Socialismo, porque tenemos el firme convencimiento de que la inmensa mayoría de nuestros detractores no conoce ni una palabra de nuestros ideales.

Afortunadamente, la gran masa obrera española está dando pruebas de una capacidad política insospechada en los años difíciles de la monarquía, y todos cuantos ataques se nos dirigen se estrellan ante la comprensión de la clase proletaria.

Ahora bien: nosotros, que precisamos tener como una de nuestras más preciadas virtudes la de saber hacer nuestra autocritica, debemos pararnos a pensar un poco acerca del origen y las causas de esta violenta ofensiva contra nuestros hombres y nuestras colectividades.

No se trata ya sólo de que los elementos de la derecha no hagan blanco de sus iras. Lo fuimos siempre, y el día que así no sucediera tendríamos que pensar sobre nuestra conducta. Es ahora en nombre de la izquierda como se nos ataca. Y nosotros, socialistas, no por prestar oídos a quien no lo merece, sino por interior satisfacción, debemos examinar si es que efectivamente nos hemos desplazado de nuestro puesto de siempre o si, por el contrario, son los demás los que han evolucionado, y en qué forma.

Esta autoimpresión nos ha llevado a una conclusión previa. La de que las palabras cuanto más revolucionarias representan un sentimiento más reaccionario. Sobre todo la denominación de «izquierda». Hay quien si anda pregando por doquier que él es de la izquierda, y todos los que le escuchan asienten, puede contraer una grave enfermedad. Buena prueba de ello son algunos radicales, que discutieron acaloradamente en una asamblea madrileña sobre si el partido del Sr. Lerroux era o no de extrema izquierda, acordándose así, sin perjuicio de que pocos días después su jefe indiscutible se aliara con la genuina representación de la plutocracia catalana. Dígalo si no el Sr. Balbontín, a quien por unanimidad se negó el ingreso en nuestro Partido, y que no obstante su rabioso anticlericalismo, cuando se trata de contraer matrimonio, «por ideas», no vacila en sacrificar su pensamiento y se casa por la Iglesia. Bien es verdad que, consecuentemente con él, nunca pudo emplear mejor la doctrina materialista.

El Partido Socialista se halla hoy en una circunstancia difícil y especial. ¿Por su voluntad? No. Por la fuerza de las circunstancias que así lo determinaron. Y consecuencia del primer paso dado, por contribuir a la implantación del nuevo régimen, han sido todos los demás. ¿Se hizo bien al principio? Aún no se ha determinado por el Partido, pues se halla pendiente de discusión. Pero la realidad del momento nos hace comprender que en las presentes circunstancias no es posible adoptar otra posición.

La verdad es que en España no había conciencia política. De no ser así no se explica que pudieran existir los males que corroían la propia institución monárquica. Fuera del Partido Socialista, con las organizaciones que seguían su táctica, no había en el ámbito nacional núcleo alguno medianamente organizado que hiciera oposición al régimen establecido. Las diferencias de orden personal eran más fuertes que el convencimiento ideal que debía unirlos, y, en vez de crear agrupaciones fuertes, atomizaban las existentes. Y estas mismas diferencias continúan hoy, agravadas por la serie de elementos agrupados en torno a cada una de ellas, como consecuencia no de unas ideas, sino de cuestiones personales o de cálculo problemático acerca de la fecha en que cada uno será llamado al Poder.

En estas circunstancias, el Partido Socialista sirve de aglutinante para los republicanos. Y de dique a los extremismos, tanto de la derecha

cuanto de la izquierda. Derecha que, cerrilmente, no comprende que tendrá que dar por la fuerza mucho más que lo que por la razón pudiera ceder. Izquierda incomprensiva, fanática y sectaria, que, en vez de contribuir con soluciones a resolver los problemas, procura agudizarlos, apelando al sentimiento inculco del proletariado. Cosa que nos parecería, en cierto modo, lógica, si junto a ello hiciera una labor de cultura y de educación ciudadana en sus aspectos político y social. Pero, lejos de ser así, le inculca algo que ellos han dado en llamar ideales y que pueden reflejarse en el hecho de que, mientras rechazan la doctrina socialista por poco revolucionaria, otorgan sus sufragios a representantes de la burguesía, como en Barcelona, Gijón, etc., o que, defendiendo una tesis comunista, precorren el reparto de la tierra, cosa la más opuesta a una concepción comunista honradamente sentida.

Mas no todo ha de ser crítica de los demás. Vayamos a la nuestra. Y para ello debemos hacernos las preguntas siguientes: ¿Podemos seguir así? ¿Debemos seguir así? La primera es fácilmente contestable con un sí rotundo. Nuestras organizaciones tienen el espíritu de sacrificio preciso para ello. La segunda tiene que hacernos pensar mucho antes de responder con un monosílabo.

Es verdad que a los partidos republicanos, pero sobre todo al radical, se han agrupado en estos últimos meses lo más «pura sangre» de la vieja organización caciquil. Pero ello no debe extrañarnos en modo alguno. Para ellos, como para nosotros, el régimen político no es más que algo accidental, y cuando no pueden luchar con la República, procuran infiltrarse en ella para obtener todos los privilegios posibles. Cosa más difícil de conservar con la vieja etiqueta monárquica. Para nosotros, la posición es bien clara. Nuestra fuerza radica en la organización, que aspira a transformar no sólo el régimen político, sino también el económico. Por medios legales, si se puede; pero sin despreciar los revolucionarios. Y los medios legales se hallan determinados en nuestro propio poder no por la ayuda que se nos pueda dar a cambio de un sacrificio muy superior. Los partidos republicanos, representación de la burguesía, harán concesiones en relación a nuestro esfuerzo. Y aun cuando lo hagan en el papel, la realidad es muy otra, como desgraciadamente estamos comprobando.

De otro lado, los extremistas llamados de izquierda nos censuran nuestra colaboración ministerial. Censuras que ni por las personas ni por los argumentos nos inquietan. Duenos de un revolucionarismo verbal exuberante, llamándose defensores del proletariado, no vacilan en aprovechar la ingenuidad de éste para escindirle, primero; para lanzarle a movimientos caóticos y suicidas, después. Y cuando preguntan, por ejemplo, sobre las deportaciones, ocultan que los primeros que debieran haberlo sido eran ellos por manejar tras la cortina los muñecos, sin atreverse a dar la cara, y segundo, que, aplicado el orden jurídico presente, capitalista, las penas hubieran sido mucho mayores. A menos que pretendieran la impunidad, cosa que ni en el «paraiso ruso» existe. Y si se duda, que se lo pregunten a Trotski.

Vamos, pues, a finalizar este largo trabajo. Convencidos de que los problemas del régimen capitalista no tienen solución, preparemos nuestra formación y educación socialistas. Los que piensan que sí la tienen, que los resuelvan. O que dejen el paso franco al Socialismo para gobernar, no en republicano, sino en socialista.

Y de momento no ahondemos las diferencias entre los republicanos. Pensemos que a ellos les une un ideal: la propiedad privada, contra la que tenemos que aunar nuestros esfuerzos. Si así lo hacemos, nuestra salida de esta situación será relativamente fácil, cosa que todos debemos desear.

Federación de Levante

Esta Ejecutiva vió con satisfacción el acertado acuerdo del IV Congreso Juvenil Socialista referente a la constitución de Federaciones provinciales en aquellas que por el número de Juventudes fuera posible tal organización.

En el Pleno del Comité regional celebrado en septiembre del pasado año ya mereció la atención de los delegados dicho asunto, pues el número de núcleos juveniles en cada provincia era ya lo suficiente para pensar en ellas.

Por otra parte, las Juventudes Socialistas de la región se hallan tan animadas en la consecución del referido acuerdo, que presagiamos un feliz éxito.

Para que nuestras filiales tengan idea exacta de la necesidad de crear

estos núcleos provinciales, damos a continuación conocimiento de los pueblos que en cada provincia cuenta la Federación de Levante.

Secciones	
Alicante	19
Valencia	9
Murcia	9
Albacete	6
Castellón	4

Las Juventudes deben esperar a que el Comité regional trate el asunto, y una vez resuelto por el mismo, poner el mayor entusiasmo en la realización de los mandatos que nazcan de las resoluciones del Pleno.

LA EJECUTIVA



Sermones laicos

Hoy el recuerdo de unas palabras ha de darnos trabajo para esta sección, dejando para otra ocasión otros temas.

«Vamos a la predicación. ¿Te vas a quedar sin oír a los sermones?»

No recordamos el sitio en que se lanzaron estas frases, pero sí que fueron dichas por una mujer. Acaso en un pueblo rodeado de fértiles campiñas o en la inmensa llanura de la Mancha; también pudo ser en esos alegres pueblecillos de Andalucía, de casas recién enjalbegadas.

Quizá quien las pronunció quiso buscar una palabra que expresara el sentido del acto que por vez primera iba a escuchar, y no pudiendo dar con ella aplicaba la denominación de sermón. Y, sin embargo, presentía que la plática sería harto diferente de las que lanzaba el cura desde el pequeño pulpito de la iglesia en los tiempos que se arrodillaba con fervor en las losas frías del templo rezando las oraciones que en la escuela le enseñaban, para implorar a los santos la mitigación de sus penas y la salvación del alma. Ante la eterna sordera de las imágenes, a tiempo se desengañó de este culto, y por eso, buscando en los hombres la solución de sus problemas, acudía nuestra campesina con entusiasmo a oír a los oradores, y en el camino animaba a sus vecinas.

En vano quiere atraer el cura a su alrededor al rebaño de ovejas, como en otros tiempos llamaba a sus feligreses. En sus ratos de ocio comenta con los caciques, en amigable camaradería, este brusco cambio. Para su mayor mal, hay un hecho que le dejó en gran perplejidad. Su auditorio femenino también se descarría. Ya no atiende las palabras persuasivas del pastor, y lanzado al desenfreno del pecado, acude, sin ningún temor, a los actos que organizan los obreros bajo los auspicios de la Sociedad que ha dado al traste, en los pocos meses de su actuación, con la preponderancia del cura.

Por eso, malhumorado, mascullando una interjección, sale de la iglesia, y para no cruzar ante el auditorio se introduce en la casa del cacique.

Angeles VAZQUEZ

Barbarie sindicalista

Ha sido el hecho indigno, y nos duele en la sangre rebelde y joven. Nos duele por todo. Porque un camarada socialista resultó la víctima en holocausto, y por la contumacia en el crimen de los elementos agresores. Bien claro está que nos referimos a los sucesos del teatro María Guerrero en la noche del lunes, con motivo de la conferencia del camarada Bugeda. De nuestras filas ha brotado nuevamente la sangre, y tenemos el convencimiento de que no será la última vez. Pero también tenemos la íntima alegría de saber que las agresiones han de ser repelidas como se merecen y los agresores tratados como se han de tratar elementos irrepensables, amigos de la camorra y del escándalo, con un estigma en sus venas de criminalidad nata.

Y no nos duelen prendas al decirlo. Porque vemos claramente el porqué de estas actuaciones de la Confederación Nacional del Trabajo, que ha roto la paz con nosotros y nos declara una continua serie de hostilidades. No hay momento, ni acto, ni lugar en que no busquen la provocación y el escándalo. A nosotros esto nunca nos ha gustado. Somos muy socialistas y muy hombres, y el Socialismo y la hombría se prueban con sensatez. Pero no tenemos más remedio que inclinarnos ante el peso de los hechos y el dolor de las realidades, aperciéndonos a saberlas resistir, dejando a un lado sensiblerías plañideras que para nada sirven. Y así decimos muy claramente que a la violencia contestaremos con la violencia, con la misma energía y la misma mano de hierro que para todo tenemos, y que cuando los elementos turbios, profesionales del engaño a oleaje revuelto, nos busquen, nos encontraran en todas partes, en todos los terrenos, dispuestos a contestarles con la virilidad y la energía que nos dan nuestra razón y nuestra juventud.

De poco tiempo a esta parte se agudizó la campaña interruptora de todos nuestros actos públicos. En muchos lugares donde han intervenido los camaradas destacados por la Federación de Juventudes de propaganda socialista ha sucedido esto. Lo mismo podemos hacer constar con los compañeros del Partido. El acto de Bugeda, en el que hoy por hoy ha culminado toda ella, es la demostración más palpable. Y ante ello, los jóvenes socialistas ¿qué hemos de hacer?

Lo que no quisiéramos. Los elementos de la reacción, a quienes sirven los sindicalistas, se frotrarian las manos de júbilo ante el pensamiento de una guerra civil entre obreros. Pero hay que reconocer también lo triste y lo doloroso que es ver caer día tras día y momento tras momento a nuestros camaradas nuestros, cuando no destruidos a balazos, malheridos vilmente con el acero frío del cuchillo. Estamos bien convencidos de la conciencia que necesita el cumplimiento de nuestro deber. Y de la necesidad de concordia. Y de los buenos propósitos. Pero, por encima de esto, los jóvenes socialistas tenemos un programa mínimo que cumplir, y a él nos atendremos ante todo. Es inútil decir, por tanto, que no habrá un solo momento en el que nosotros dejemos de cumplir nuestro deber. Apercibidos a todo, en todos los terrenos, aunque sea contra profesionales de mal vivir y la gallofa. Y no hace falta decir más porque todos nos hemos comprendido...

Cuando un individuo pronuncie las palabras: «¡Yo soy sindicalista!», se imponen rápidamente, con urgencia, dos remedios: echar a correr, o hacer correr al que las ha pronunciado.

SILUETAS DEL MOMENTO

No se fia. — ¡Así dice el letrado del Sr. Jiménez! Consultar con honorarios algo crecidos, pero justos; cada uno pone el precio que quiere a su trabajo. Y el Sr. Jiménez puede ser anarcosindicalista, ideólogo clásico; pero una cosa es la fillosofía y otra el estómago; piernas que no sostengan un estómago bien alimentado no pueden soportar la fillosofía que se alberga en una cabeza, cuyo cerebro es un almacén de ideas.

No quisiera, de modo alguno, molestar a los lectores con una lata de esta índole; pero es necesario que se vayan acostumbrando a oír y leer cosas graciosas de esos personajes que alardean públicamente de desinterés, y después ponen letreros que solían hacerlo los tenderos del sainete: «¡No se fia!»

Es necesario tener en cuenta que el Sr. Jiménez, ex militar por cuyo retiro suponemos cobrará su justo haber, es también abogado, que suele intervenir en asuntos de obreros, a los cuales, antes de permitirles hablar, les insinuará si saben leer, porque es lógico que hayan visto la placa que en su puerta descubrió un notario y puso de relieve al público.

El tiempo es un elemento que poco a poco va descubriendo a los hombres. ¿Cómo se iba a suponer que el Sr. Jiménez, hombre idealista, si cabe, un día había de igualarse a un despreciable burgués de barrios bajos? Son debilidades de la especie; quizá las compañías le hayan aconsejado hacer, por buena administración, los letreros de referencia; porque Balbontín tiene lógica trailuna que no puede desprenderse de ella tan fácilmente, y los ensotanaos le dijeron: «Una cosa es ser bueno y otra parecerlo.»

Haciendo caso del refrán le aconsejó un día a Jiménez: «Es necesario que parezcas bueno, como yo, aunque seas sólo mediano.»

«La caravana pasa», dijo un célebre poeta; también decimos nosotros que pasará, dejando una estela no de amarguras, porque ésa es patrimonio de grandes culpables, y esta caravana es de grandes histriónes, que hablan de acumulaciones de cargos, de retribuciones, y

luego ponen letreros en las puertas para indicar que sólo los poseedores de quince pesetas pueden hablar con ellos. ¡También el idealismo se paga! Cosa totalmente ignorada por nosotros, pero que la jerez comparasa establece; unos, con caracteres visibles; otros, con bien administrada hipocresía, pero que no suelen tener ninguno las inquietudes de los que se dicen ser defensores ni de aquellos a quienes atacan, que suelen mirarlos con compasión.

¡Bien, Sr. Jiménez! Puso la nota final a su larga historia. Se puede ser todo, hasta abogado idealista que ponga precio a sus palabras; nadie, por muy osado que fuera, discutiría el valor de unos consejos del experto abogado, ducho en asuntos militares; lo que marca una nueva trayectoria en las prácticas establecidas por los múltiples abogados españoles es el clásico «¡No se fia!», que creemos nosotros desvirtúa la elegancia de la toga y la convierte en una blusa acitosa de un burgués cualquiera, de esos que acostumbra el Sr. Jiménez a destruir con los elocuentes trinos de su garganta privilegiada.

Ahora, en su intervenciones, predominará el espíritu de sacrificio, porque cuando fulmine uno de sus anatemas la Cámara, temblando, dirá: «Ese hombre no rebaja ni fia.» De manera que, árbitro supremo, las leyes tendrán la inflexibilidad y rigidez del militarismo pasado y la realidad latente del momento actual. «¡No se fia!»

El pueblo, que fia de veras; esta masa que manejan hombres como éstos, que también saben hacer de capitanes Aráns, es el que debe ir aprendiendo. Los revolucionarios que combaten al Estado viven de él. No tuvieron la arrogancia de renunciar a sus prebendas, que nadie discute que sean justas, pero que se las da un régimen que no es el suyo, dicen, igualando sus tácticas a las de los monárquicos, que también viven con la subvención del Estado republicano. «¡No se fia!» es la consigná que debiera tener el país y obligarles a pagar lo que antes hizo por ellos.

C. PEDROSA

Ante una fecha histórica

Nos hallamos en la proximidad de celebrarse el primer aniversario de la República, fecha memorable en que se vieron convertidos en realidad los anhelos de una España humillada por los fatales dominios de un régimen borbónico que sucumbió impotente bajo la fuerza indomable de la voluntad nacional en aquellas inolvidables elecciones del 12 de abril.

Las Cortes constituyentes han trabajado eficazmente para dotar a la nueva España floreciente de los medios necesarios para adquirir el bienestar y la tranquilidad del país, aprobando una porción de leyes que traerán con el transcurso del tiempo beneficios máximos para todo buen ciudadano español, dando con ello un ejemplo admirable al mundo, consistente en la instauración modelo de un régimen republicano que ha sabido vencer con envidiable acierto todas las contrariedades y obstáculos que halló a su paso para que triunfaran en España la razón, la paz y la justicia.

¡Gloriosa obra es la realizada por el Gobierno, como admirable es la de las Constituyentes! Ello nos place decirlo a grandes voces para satisfacción de los que deseamos el triunfo de la democracia y por el hecho de que una parte del mismo nos corresponde por derecho propio, por la acertada actuación directa de nuestros tres ministros socialistas, que han sabido desempeñar admirablemente las carteras que les fueron confiadas, y cuya actuación se hace todavía digna de mayor elogio por los reproches y acusaciones injustificadas de que les han hecho objeto elementos extremistas y perturbadores, que han caído en el vacío por hallarse faltos de fundamento.

Desgraciadamente, la República ha tenido que sortear infinidad de problemas que se han opuesto a su avance. Sobre ellos quizá uno de los que revisten mayor importancia es el de la retirada de los capitales, que la han puesto en trance de difícil solución, tanto más deplorable cuanto que los causantes de esta situación son los que han querido prevalecer siempre como abnegados patriotas.

El resultado de esta perversa maniobra ha sido la suspensión de obras, la reducción de días de trabajo, los despidos y la intranquilidad.

Pero ello, antes que abatirnos, debe darnos nuevas energías para que prosiga la obra reconstructiva del Parlamento, ya que a seres que intentan hundir su propia patria para no dejar triunfar los designios de la nación no podemos considerarlos nunca como ciudadanos nuestros, toda vez que, de verse realizados sus malos designios, la aurora de futuras glorias que divisamos para nuestra querida patria veríase trocada por una aureola de sangre inocente y por el retorno de la injusticia y de la podredumbre. Mucho se lleva sufrido. ¡Quizá tengamos que hacer nuevos sacrificios! Pero cada uno de ellos denota más proximidad a los beneficios que hemos de obtener. ¡Luchemos con ardor para acabar la obra cumbre que nos hemos propuesto! ¡Formemos un núcleo poderoso para combatir con eficacia los malos presagios de la clase capitalista, aumentada por elementos sin escrúpulos y carentes de conciencia!

Nuestros ideales socialistas también han tenido que lamentar duros ataques dirigidos a su causa, provocados injustamente por diferentes sectores deseosos de plantear obstáculos y de oponer dura resistencia a su avance, así como al de la República; pero antes de consentir que se vieran favorecidos por el empleo de su maldad, los socialistas han perjudicado, han sacrificado sus mismos ideales para no entorpecer la marcha del nuevo régimen, que significa el bien de todos los españoles, luchando para que lleguen a feliz término los anhelos de toda la España libre.

No hay duda alguna de que lo que hoy son acusaciones han de verse suplantadas dentro de breve plazo en honda admiración para los socialistas, que jamás, en sus actuaciones, han mirado el lucro personal, sino el triunfo de lo razonable y noble, pese que para ello obtenerlo hayan tenido que sucumbir su personalidad y su prestigio.

M. ANDRES ANDREU

RENOVACION

ORGANO DE LA FEDERACION DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

El tinglado de la farsa

Voces de la caverna

En el banquete de los amigos de El Debate (once pesetas el cubierto, para que los amigos fueran más) se le ocurrió al Sr. Luca de Tena decir que él era liberal, muy liberal, profundamente liberal.

Y tuvo que retractarse rapidísimamente, porque los devoradores de ventrecos, asistentes al acto le amenazaron con devorarlo a él si las palabras no eran retiradas ipso facto.

El Sr. Luca de Tena, demagogo. ¡Calcúlese la categoría de los personajes que escuchaban! Indudablemente, en España las derechas quieren rebasar de ultramontanas, cuando al Sr. Luca de Tena le amenazan por liberalote.

El hombre primitivo escribía en piedra.

El Sr. Gil Robles no escribe en piedra, pero si estamos seguros de que la pesadez de sus discursos rebasa la del pedernal.

Afinidades.

La Nación, el orgullo viudo de la dictadura, como por un periódico nocturno ha sido calificado, hablaba hace pocos días de un socialista que clavó un cuchillo de grandes dimensiones a un pobrecito sindicalista porque éste decía: «¡Abajo los enchufes!»

Sin comentarios. El cinismo se comenta él solo. Y esto ha sido una

prueba del mucho que desde épocas inmemoriales se alberga en esa casa de La Nación.

Nación que, afortunadamente, no es el Estado, sino algo infinitamente miserable que por los bajos fondos de la prensa se suelta el cabello todas las noches en las calabazas de los redactores y en las maquinillas de las rotativas.

Y ya que hablamos de prensa... Los niños de las cavernas venden también su periodiquito.

Le titulan Reacción. Y para que el público lo compre, consciente de lo que va a comprar, le vocean con gran lujo de detalles:

¡Reacción!, semanario cavernícola. ¡Reacción!

He aquí cómo entienden su política los estudiantes católicos dentro de las Universidades: rompiendo muebles, carteleras y útiles de estudiar.

Algunos, tenemos entendido, arrojan los libros como si fueran piedras.

Como católicos, se distinguen por su mansedumbre y amor al prójimo; como estudiantes, no hace falta decir nada. ¡Si confunden los textos con cascotes berroqueños!

¡Y nosotros que creíamos que el círculo tradicionalista no servía más que para cotizar recibos!

Propaganda por Vizcaya

Al ir por primera vez en propaganda socialista por la provincia de Vizcaya tenía yo la seguridad de encontrar como mayor enemigo a todo el clericalismo, que particularmente por esta parte de España había imperado en todo tiempo.

Sin embargo, éste es un problema grande de toda España; pero, a juicio mío, lo más triste de aquella región es lo que se ha querido llamar «nacionalismo», que, si nos paramos bien, lejos de ser nacionalismo constituye únicamente «regionalismo».

Me he encontrado tristemente sorprendida por las bodas de oro del nacionalismo vizcaíno.

Es increíble que ahora, en los momentos en que el mundo entero tiembla ante la posibilidad de un nuevo conflicto entre países de una misma raza, pero distintos por estar separados por un simple río o una cadena de montañas, nos entretengamos los propios españoles en buscar nuevas dificultades al país procurando crear fronteras dentro del suelo español.

Si todas las provincias de España hiciesen lo que algún elemento vizcaíno, que, desgraciadamente, tenemos que reconocer que es un número considerable, lejos de ver realizado el sueño de los ideales socialistas, de considerarnos todos hermanos a pesar de las razas o países en que sólo y únicamente por circunstancias de la vida hayamos nacido, veríamos aumentado el número de «potencias», que constituye, por consiguiente, aumentar también el número de obstáculos que existen todavía para la paz universal.

Es grande la labor del Partido Socialista; además de educar a todo un mundo para que pueda llevarse a efecto la frase de Cristo, «Amaos los unos a los otros», tiene que ir educando, nación por nación, a una parte de éstas que quiere seguir viendo enemigos no solamente entre los pueblos vecinos, sino entre los pro-

prios habitantes de la nación en que se ha vivido y nacido, y que, a título de salvar estos peligros, pretenden dividir la unidad, en este caso española.

Ahora, ante este nuevo problema creado de poco tiempo a esta parte, a la vista de todos los enemigos naturales del Partido Socialista, en evitación de que dentro de nuestro propio país se entablen guerrillas, es necesario que todos los jóvenes socialistas, de la forma que sea, se dispongan a realizar una propaganda activa en la que demuestren que el Partido Socialista lucha y luchará por la unión de todos los países, sin que esto signifique falta de patriotismo; porque si bien el Partido Socialista es internacional, seguramente que para ser un buen socialista, primero es necesario ser nacionalista; pero

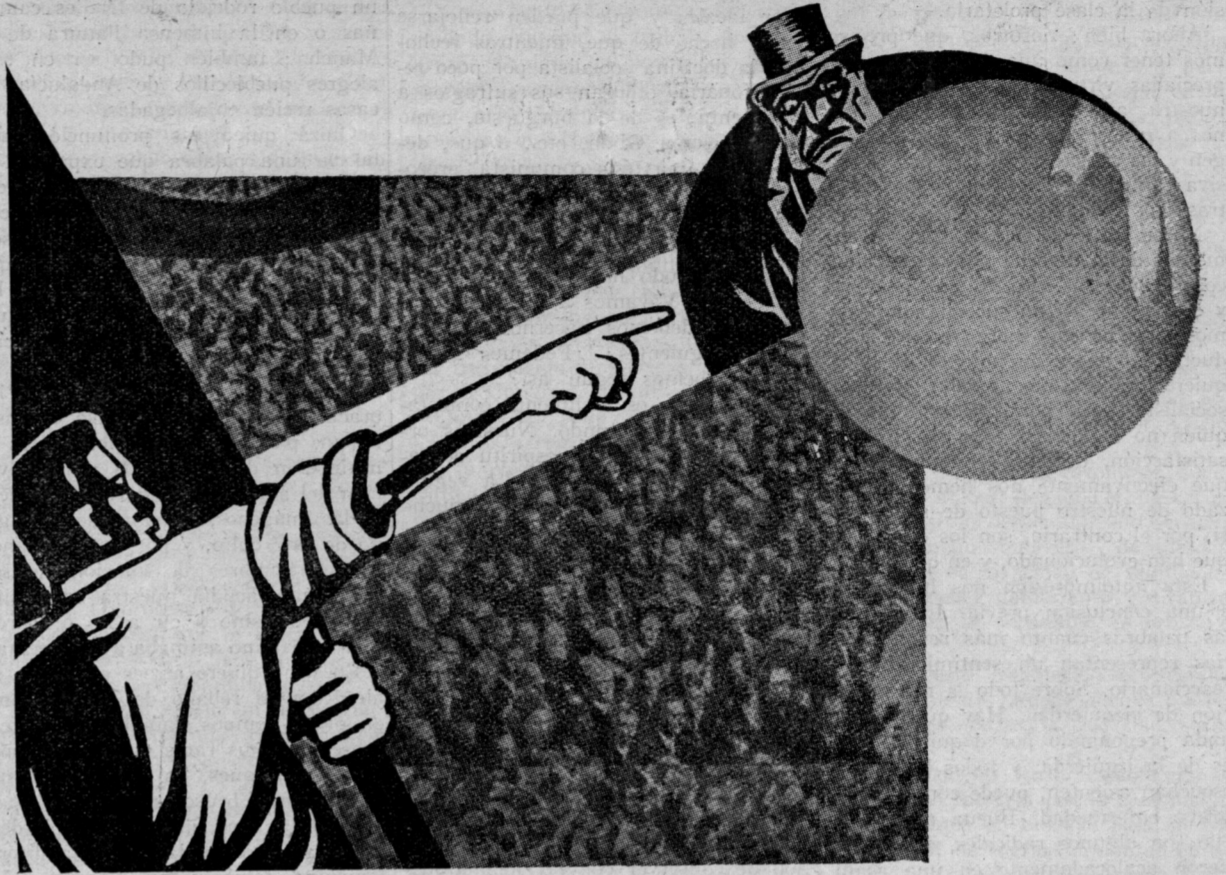
¡Basta ya de paciencia!

Es ya sintomático el hecho de que los socialistas no podamos celebrar un acto sin que elementos irreflexivos y de mala fe traten de interrumpirnos. Fué primero en Valencia, después en Sevilla, luego en otros muchos puntos. Y por último, en Madrid. Pero en la capital de la República, los jóvenes socialistas ya se habían aprestado a la defensa. Actuaron como deben actuar los jóvenes militantes; quizá con algo de benevolencia. Porque después de haber herido gravemente a un joven socialista no debía haberse impuesto la reflexión, y debimos proceder con los agresores en la misma forma que

socialistas, conscientes de nuestro deber, hemos de proceder con energía para desembarazarnos de tales elementos. Y si en la lucha tuviera la desgracia de caer alguno, estamos seguros de que después de ello los sindicalistas andarán con más tiento y no se atreverán a interrumpirnos.

En resumen: no preconizamos la violencia como sistema. Pero si se llega a momentos en que nuestra tranquilidad personal y colectiva es imposible, entonces, en propia defensa, admitimos todos los medios factibles, incluso el que utilizan nuestros enemigos.

Si en el acto del María Guerrero,



EL CAPITALISMO AHOGA AL MUNDO

no divisionista, no regionalista, como se pretende en el caso de Vizcaya.

Son ya demasiadas las fronteras que hay creadas para que vengamos los propios españoles a crear más dentro de nuestra nación y, como digo más arriba, a crear dificultades para la paz ya no solamente mundial, pero nacional también.

Carmen DEL BARRIO

ellos procedieron con nuestro camarada.

Son ya muchas las víctimas. La fiera sindicalista necesita sangre para mantenerse. Pero es sangre de obrero, de compañero de explotación, que es más fácil de conseguir. En cambio, mientras que a nuestros hombres se los asesina villanamente, se dejan en pie los grandes privilegios del capitalismo y se permite la actuación insolente de la reacción. Rodrigo Muñoz, un joven socialista que en todo momento cumplió como tal con su deber, ha sido en este caso la víctima propiciatoria elegida por los asesinos de la Confederación. Les faltó valor para agredirlo cara a cara y lo hicieron a traición, con la cobardía de que son capaces entes despreciables sin dignidad ni vergüenza, eunuocos cuyo árbol genealógico no conocen ni en el grado más próximo.

Frente a la actitud asesina de estos elementos se ha levantado hasta ahora la reflexión de todos los socialistas. Serenidad fué siempre nuestro lema; nada de violencia. Pero llega un momento en que nuestra serenidad y nuestra paciencia son interpretadas como miedo por aquellos que no son valientes nada más que cuando matan a traición o abofetean a mujeres indefensas. Nuestra serenidad ha sido sucedida por una profunda indignación. Y en el paroxismo del dolor renegamos una y mil veces de la actitud pasiva adoptada hasta ahora. No es justo ni es gallardo que mientras nuestros camaradas caen vilmente asesinados por otros trabajadores, nosotros permanezcamos impasibles, recomendando serenidad aun después de perder a compañeros queridos.

La serenidad está agotada. Se nos quiere lanzar al camino de la violencia y no tendremos más remedio que ir a él. Nosotros no seremos los que vayamos a interrumpir los actos de nuestros enemigos; pero si ellos, en un alarde de chulapería, en los que son maestros, vienen a perturbar nuestros actos, entonces los jóvenes

en vez de limitarse los jóvenes socialistas a agredir a estacazos a los interruptores, los hubieran arrojado por las ventanas del último piso, la tranquilidad hubiera renacido antes, y quizá podría haberse evitado que un querido camarada más quedara tumbarado en el suelo herido por el arma homicida de un traidor a la lucha proletaria.

Frente a la violencia hay que responder con la violencia. El no hacerlo así significaría para nuestros enemigos que éramos cobardes. Hay que dar, pues, la sensación de que estamos decididos a acabar con su chulapería. Si no, podría darse el caso de que llegáramos a extremos de mayor violencia, como los tristemente célebres de Bilbao.

Isidro R. MENDIETA

Estatutos de las Juventudes Socialistas

(Continuación.)

Art. 25. Será obligación del Comité nacional realizar campañas de propaganda oral por las diversas regiones españolas, poniéndose previamente de acuerdo con las Secciones de las regiones que se proponga visitar.

Los compañeros encargados de hacer esta propaganda disfrutarán de la dieta de veinte pesetas y gastos pagados de ferrocarril. Si las dietas se hubieran de percibir por trabajos ejecutados en la localidad donde reside el Comité, percibirán los individuos de éste el jornal que ordinariamente ganan.

Art. 26. El Comité publicará anualmente los ingresos y gastos que haya tenido y el movimiento de las organizaciones de la Federación, mencionando el número de afiliados con que cuenta cada una y haciendo un resumen de su actuación en el año.

Art. 27. El Comité nacional no está obligado a dar cuenta de sus actos sino a los Congresos ordinarios y extraordinarios de la Federación.

Art. 28. Los cargos se renovarán en todos los Congresos ordinarios.

TITULO V

De los Congresos.

Art. 29. Cada dos años se celebrarán los ordinarios de la Federación, designándose por las Juventudes, con tres meses de anticipación, la localidad donde hayan de efectuarse.

En estos Congresos se juzgará la gestión del Comité nacional; se adoptarán cuantas resoluciones convengan al desenvolvimiento y triunfo de las ideas que sustenta la Federación, y se señalará la localidad donde ha de residir el Comité nacional.

Art. 30. Excepcionalmente las que revistan carácter urgente, no podrá discutirse en los Congresos ninguna proposición que no se haya anunciado en el orden del día.

Art. 31. Los Congresos extraordinarios se verificarán siempre que lo acuerde la mayoría de los afiliados a la Federación, a propuesta de una o más colectividades o del Comité nacional.

Art. 32. Cada Federación provincial estará representada en los Congresos nacionales por uno o más delegados, elegidos en sus Congresos respectivos. Si alguna Sección desea estar representada directamente, no sujetándose su mandato al adoptado por la mayoría del resto de las Secciones.

Art. 33. Los delegados irán provistos de su correspondiente mandato, en el que constará el número de individuos representados, que serán tantos cuantos hayan cotizado en el semestre anterior a la Federación.

Art. 34. El Comité nacional estará representado en los Congresos por dos compañeros de su seno, si aquellos se celebrasen en localidad distinta de la en que el Comité reside. En caso contrario podrán asistir todos los individuos del Comité; pero sólo a dos les abonará dietas la Federación.

Art. 35. El Comité nacional no tendrá voto en los Congresos, pero sí voz en todos los asuntos. No podrá representar Secciones, ni formará parte de la Mesa.

Art. 36. Los gastos de local y demás que origine la celebración de los Congresos los abonará la Caja de la Federación.

Art. 37. No podrán tomar parte en los Congresos las Secciones que se hallen en descubierto en más de dos trimestres, salvo en caso debidamente justificado.

Art. 38. Los acuerdos de éstos, excepción hecha de aquellos que revistan carácter urgente, no tendrán fuerza hasta que sean aprobados por las colectividades, las cuales deberán dar su opinión sobre ellos al mes de haberse publicado la reseña oficial. Las que no respondan se entiende que los aprueban.

Art. 39. Las votaciones en los Congresos se harán ordinariamente por delegados. Sólo en asuntos de importancia se votará por el número de afiliados que cada delegado represente.

Entre los delegados que asistan se designará uno que actúe de presidente en todas las sesiones.

TITULO VI

Del periódico.

Art. 40. La Comisión ejecutiva publicará un periódico, órgano de la Federación, que dirigirá uno de sus compañeros, designado por el Congreso, y que será responsable ante la Ejecutiva. Esta responderá ante el Congreso de su gestión.

Art. 41. El periódico publicará artículos de propaganda doctrinal, de literatura, arte, ciencia, etc.

Publicará, además, una información, lo más completa posible, del movimiento de las Secciones, y las cuentas de la Federación; no consintiendo que se publiquen artículos contrarios a la táctica y doctrina del Partido Socialista.

Art. 42. Los Comités de las Secciones se encargarán del envío de noticias al periódico y una nota resumen de su actuación mensual.

Las Secciones se encargarán también, por medio de los Grupos de Prensa, de organizar la propaganda del periódico, haciendo que éste llegue a la juventud obrera y universitaria.

TITULO VII

Acción deportiva.

Art. 43. Las Juventudes Socialistas promoverán, en las localidades propicias a ello, la formación de Grupos deportivos obreros que, atendiendo al cultivo del deporte, propaguen las ideas socialistas, llevando nuestra emoción liberal a los grupos de jóvenes deportistas que las desconocen.

Los medios para el desarrollo de esta acción deben ser tan varios como lo aconsejen las circunstancias; pero puede señalarse como principal éste:

Constituyendo Grupos encargados de sostener equipos de deportes, que deberán pertenecer a la Federación nacional que se cree.

(Continuará.)



Gráfica Socialista San Bernardo, 92.

LEED "EL SOCIALISTA" TODOS LOS DIAS